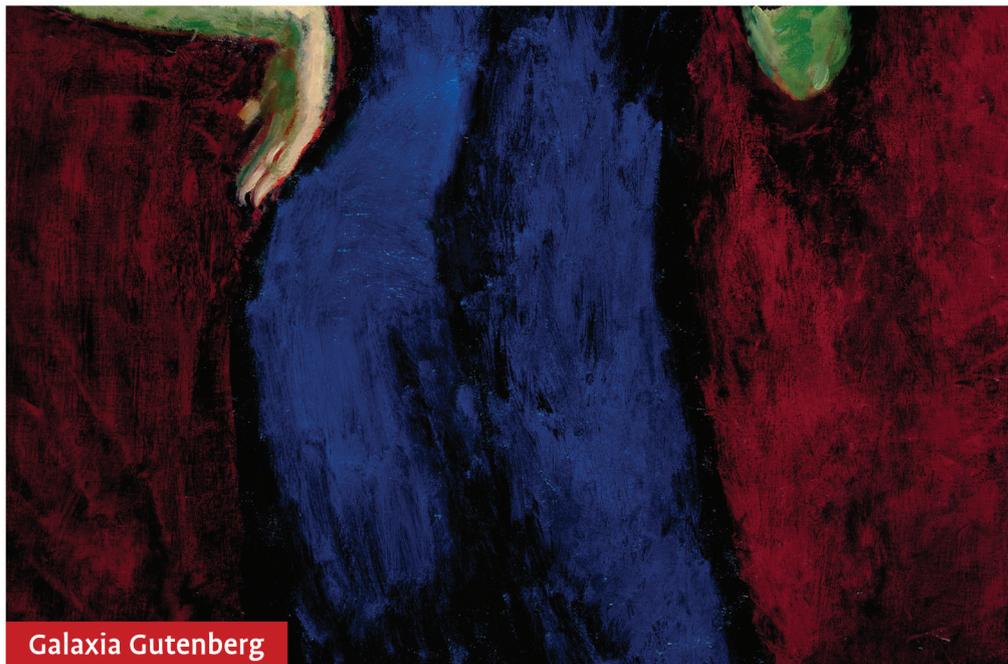


Romain Gary
Lady L.



Galaxia Gutenberg

ROMAIN GARY

Lady L.

Traducción de
Gema Moral Bartolomé

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Lady L.*
Traducción del francés: Gema Moral Bartolomé

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: febrero 2018

© Éditions Gallimard, 1963
© de la traducción: Gema Moral Bartolomé, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 446-2018
ISBN: 978-84-17088-91-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Ah! Fallait-il que je vous visse,
Fallait-il que vous me plussiez,
Qu'ingénument je vous le disse,
Que fièrement vous vous tussiez.*

*Fallait-il que je vous aimasse,
Que vous me désespérassiez,
Et que je vous idolâtrasse,
Pour que vous m'assassinassiez!*

Oda a la humanidad,
o empleo del subjuntivo.
*Dedicada a Yane Avril
por Alphonse Allais*

Capítulo I

La ventana estaba abierta. Sobre el fondo azul del cielo, el ramo de tulipanes bajo la luz estival hizo que pensara en Matisse, que acababa de sufrir una muerte prematura a los ochenta años de edad, e incluso los pétalos amarillos caídos en torno al jarrón parecían obedecer al pincel del maestro. Lady L. tenía la sensación de que la naturaleza empezaba a ahogarse. Los grandes pintores se lo habían quitado todo: Turner le había robado la luz, Boudin el aire y el cielo, Monet la tierra y el agua; Italia, París, Grecia, a fuerza de andar rodando por todas las paredes, no eran más que tópicos; lo que no se ha pintado se ha fotografiado, y la tierra entera tenía cada vez más ese aire usado de las jóvenes a las que han desvestido demasiadas manos. O quizá era ella la que había vivido demasiado tiempo. Inglaterra celebraba aquel día su octogésimo cumpleaños y el velador estaba lleno de telegramas y de mensajes, muchos de los cuales procedían del palacio de Buckingham: cada año ocurría lo mismo, todo el mundo venía torpemente a ponerle los puntos sobre las íes. Miró con reprobación los tulipanes amarillos, preguntándose cómo habían podido llegar aquellas flores a su jarrón favorito. A lady L. le horrorizaba el amarillo. Era el color de la traición, de la sospecha, el color de las avispas, de las epidemias, del envejecimiento. Clavó una mirada severa en los tulipanes y rápidamente afloró una duda... Pero no, era imposible. Nadie lo sabía. Una negligencia del jardinero.

Había pasado toda la mañana en su butaca, delante de la ventana abierta, de cara al pabellón, la cabeza apoyada en el pequeño cojín que no la abandonaba nunca y que llevaba siempre consigo en sus viajes. El bordado representaba a las bestias tiernamente unidas en la paz encantada del Edén; le gustaban sobre todo el león que confraternizaba con el cordero y el leopardo que lamía amorosamente la oreja de una cierva: la vida, vaya. La sencilla

ejecución del dibujo recalcaba aún más la idiotez de la escena, profunda y muy satisfactoria. Después de sesenta años de gran arte, había acabado asqueada de las obras maestras; cada vez más, cedía a su inclinación por los cromos, las postales y por esas imágenes victorianas llenas de perros buenos que salvan a bebés de morir ahogados, de gatitos con lazos de color rosa y de amantes a la luz de la luna, que son un cambio tan agradable con respecto al genio y sus altas y cansinas pretensiones. Su mano descansaba sobre el pomo de marfil de su bastón, del que, por lo demás, podía prescindir fácilmente; pero este la ayudaba a darse los aires de vieja dama que se esperaban de ella, tan contrarios a su naturaleza: la vejez era una convención más de las que ahora debía respetar. Sus ojos sonrieron a la cúpula dorada del pabellón de verano que se recortaba bajo los castaños con el cielo inglés como fondo, ese cielo de buen tono, con sus nubes perfectamente dispuestas y sus tonos en azul claro que le recordaban los vestidos de sus hijas, sin rastro de personalidad ni de imaginación: un cielo que parecía vestido por el modisto de la familia real, estrictamente neutro y *convencional*.

Lady L. había pensado siempre que el cielo inglés era un *pisse froid*. No imaginaba que tuviera ninguna emoción secreta, ni cólera ni impulso; incluso en el mayor aguacero carecía de dramatismo; sus tormentas más fuertes se limitaban a regar el césped; sus rayos sabían caer lejos de los niños y evitar los caminos frecuentados; sólo era realmente él mismo con una lluvia fina y uniforme, con la monotonía de las brumas discretas y distinguidas; era un cielo de paraguas con buenos modales, y uno se daba cuenta de que, si se permitía algún relámpago, era sólo porque había pararrayos por todas partes. Pero lo único que ella pedía ya al cielo era que prestara su fondo sereno a la cúpula dorada para poder descansar así durante horas junto a la ventana, mirando, recordando, soñando.

El pabellón se había construido al estilo oriental que estaba de moda en su juventud. Había amontonado en él sus cuadros de temas turcos; los coleccionaba con tal refinamiento del mal gusto, desafiando de tal forma el verdadero arte, que uno de los grandes momentos de su larga carrera de ironía se remontaba al día en que Pierre Loti lloró de emoción al ser admitido dentro del templo como favor especial.

–Creo que no cambiaré jamás –dice de pronto en voz alta–. Soy un poco anarquista. Con ochenta años, es bastante molesto, evidentemente. Y romántico, por añadidura, lo que no resuelve nada.

La luz danzaba sobre su semblante, donde las huellas de la vejez no se traslucían más que por cierta sequedad teñida de marfil a la cual no conseguía acostumbrarse y que la sorprendía cada mañana. La luz parecía haber envejecido. Durante cincuenta años había conservado todo su esplendor; ahora estaba en decadencia, se deslustraba, se iba tornando gris. Pero seguían haciendo buena pareja las dos. Sus labios finos y delicados no parecían aún dos bichos secos, capturados en la telaraña de las arrugas; sólo los ojos se habían vuelto un poco más comedidos, sin duda, y un leve brillo de malicia atemperaba los otros fuegos, más ardientes y secretos. No había sido menos célebre por su carácter que por su belleza; una ironía que no le andaba a la zaga, que daba en el blanco sin herir, con la elegancia de los maestros de armas que sabían recalcar su superioridad sin humillar. Estos juegos se habían vuelto muy escasos: había sobrevivido a todo lo que ella podía considerar digno de ser su blanco. Los jóvenes la admiraban, percibían que había sido toda una mujer. Le parecía lamentable, pero era preciso saber lo que era y lo que había sido. Por lo demás, no era un siglo en el que se amara verdaderamente a las mujeres. Sin embargo, aquel rostro que había sido el suyo durante tanto tiempo... ya no lo reconocía. A veces le entraba incluso la risa. Realmente era gracioso. Preciso es reconocer que jamás lo había imaginado así; la habían admirado y adulado durante tanto tiempo que jamás había admitido en serio que pudiera llegar a ocurrirle a ella, que el tiempo pudiera llegar a tal extremo. ¡Qué tonta, a pesar de todo! El tiempo no respetaba nada. No se lamentaba, pero la ponía nerviosa. Cada vez que se miraba a un espejo –indispensable hacerlo algunas veces–, se encogía de hombros. Era demasiado absurdo. Se daba perfecta cuenta de que no era más que una «vieja dama adorable»; sí, después de tantos años perdidos en ser una dama, ahora se veía obligada a ser una vieja dama, por añadidura. «Se nota todavía que debía de ser muy hermosa...» Desde que había empezado a percibir ese murmullo insidioso, tenía que esforzarse por no soltar cierta palabra muy francesa que pugnaba por escapar de sus labios, y fingía no haberlo

oído. Eso que llaman tan pomposamente «la edad de oro» te hace vivir en un clima de chabacanería que cada miramiento no hace más que acentuar: te traen el bastón antes de que lo pidas, te ofrecen el brazo a cada paso que das, se cierran las ventanas en cuanto apareces, te murmuran «Cuidado, hay un escalón», como si fueras ciega, y te hablan con aire falsamente jovial, como si supieran que vas a morirte mañana e intentarían ocultártelo. Ella sabía bien que sus ojos oscuros, su nariz delicada y de firme perfil a la vez –nunca faltaba quien hablaba de «nariz aristocrática»– y su sonrisa –la célebre sonrisa de lady L.– obligaban todavía a que se volvieran las cabezas a su paso. Sabía muy bien que, en la vida como en el arte, el estilo no es más que un supremo refugio para quienes no tienen nada más que ofrecer, y que su belleza podía inspirar aún a un pintor, pero ya no inspiraría a ningún amante. ¡Ochenta años! Era increíble.

–Pero ¡qué más da! –dice–. Dentro de veinte años, ya no será nada.

Después de más de cincuenta años en Inglaterra, aún pensaba en francés.

Vio a la derecha la entrada principal del castillo, con su columnata en abanico que se extendía con complacencia descendiendo hacia el jardín; ciertamente, Vanbrugh tenía el talento de la solidez; todo lo que él había construido pesaba como si quisiera castigar a la tierra por sus pecados. A lady L. le horrorizaban los puritanos e incluso había pensado en hacer que le pintaran el castillo de rosa, pero si algo había aprendido en Inglaterra era la necesidad de contenerse cuando uno podía permitírsele todo, y los muros de la mansión Glendale se quedaron grises. Se contentó con decorar las cuatrocientas piezas con *trompe-l'oeil* a la italiana, y sus Tiépolo, sus Fragonard y sus Boucher luchaban valientemente contra el aburrimiento de la retahíla de grandes salones, donde todo parecía listo para la llegada del tren.

Un Rolls subió lentamente por la avenida principal, se detuvo delante de la escalinata y del vehículo salió James, el mayor de sus nietos, con una cartera de piel bajo el brazo, después de que el chófer le abriera la puerta.

A lady L. le horrorizaban las carteras de piel, los banqueros, las reuniones familiares y los cumpleaños; detestaba todo lo que era como debía ser, acomodado, pagado de sí mismo, convencio-

nal y almidonado, pero había elegido todo eso deliberadamente, dispuesta a llegar hasta el final. Durante toda su vida había sostenido una implacable actividad terrorista, y su campaña había tenido un éxito admirable: su nieto Roland era ministro, Anthony pronto sería obispo, Richard era teniente coronel del regimiento de la reina, James presidía los destinos de la Banca de Inglaterra, y no había nada que su rival odiara más que a la policía y al ejército, si no era a la Iglesia y a los ricos.

«Para que aprendas», pensó, contemplando el pabellón.

La familia la aguardaba en la sala contigua, en torno al horrible pastel de cumpleaños, y era preciso seguir con el juego. Debían de ser treinta por lo menos allá dentro, preguntándose todos por qué se había ido tan bruscamente sin dar ninguna explicación y qué haría allí sola, en el salón verde de los papagayos. Pero ella no estaba nunca sola, naturalmente.

Así pues, se levantó para reunirse con sus nietos y bisnietos. No quería más que a uno, el benjamín, que tenía unos hermosos ojos oscuros y desvergonzados, unos rizos de reflejos leoninos y una fofosidad, una virilidad naciente, que a ella le encantaba: el parecido era verdaderamente extraordinario. La herencia, al parecer, se manifiesta así a menudo, saltando una o dos generaciones. Estaba segura de que él haría cosas terribles cuando fuera adulto; era del tipo extremista, se notaba enseguida. Quizá había dado a Inglaterra un futuro Hitler o un Lenin que lo iba a derribar todo. Tenía puestas todas sus esperanzas en él. Con semejantes ojos, no cabía duda de que daría que hablar. En cuanto a los demás chiquillos, cuyos nombres confundía siempre, olían a leche, y con eso estaba dicho todo. Su hijo no solía estar en Inglaterra: su teoría era que debía aprovecharse del mundo mientras siguiera siendo decadente.

Todos sus amigos habían muerto jóvenes. Gaston, su chef francés, había cometido la tontería de abandonarla a los sesenta y siete años. Ahora se moría cada vez más rápido. Pensó en la asombrosa cantidad de parientes a los que había sobrevivido. Perros, gatos y pájaros se contaban por centenares. Tristemente, la vida de un animal era muy breve; desde hacía mucho tiempo había renunciado a tener más, harta de verlos morir, y no conservaba junto a ella más que a Percy. Era demasiado horrible. Uno empieza a sentirse unido a un animal, a comprenderlo y amarlo, y entonces desaparece. Le horrorizaban las separaciones, y ya no sentía apego más que por los

objetos. Algunas de sus amistades más satisfactorias las había mantenido con *cosas*; al menos las cosas no te abandonan. Necesitaba compañía.

Abrió la puerta e hizo su entrada en el salón gris: todavía lo llamaban «gris», puesto que ese había sido su color original, pero hacía más de cuarenta años que lo había redecorado con artesonados blancos y dorados, entre los cuales se desplegaban en *trompe-l'oeil* los personajes etéreos de las comedias italianas, y sus ágiles piruetas luchaban victoriosamente contra la altiva frialdad y aspereza del salón.

El primero en recibirla con una leve mirada de reproche –hacía más de una hora que la esperaban– fue, naturalmente, Percy, su caballero sirviente, su chichisbeo, como decían en su época; a pesar de su extrema discreción, la devoción obsequiosa con que la rodeaba en todo momento acababa por resultarle un poco empalagosa. Sir Percy Rodiner, poeta laureado de la corte de Inglaterra desde hacía veinte años, es decir, poeta oficial de la Corona, último bardo del Imperio –ciento veinte odas oficiales, tres volúmenes de poemas de circunstancias: nacimientos reales, coronaciones, defunciones y victorias de todas clases–, se había mantenido valientemente junto con sir John Masefield en las primeras líneas del bel canto británico, desde la batalla de Jutlandia hasta El-Alamein, y había logrado algo en verdad repugnante: había reconciliado la poesía con la virtud, e incluso le habían elegido para el Boodle¹ sin que se alzara una sola voz en contra. En todo caso, había sobrevivido a todos sus demás animales domésticos; se había acostumbrado a él y le habría contrariado sinceramente que le faltara. Además, sólo tenía setenta años, pero aparentaba muchos más. Físicamente, recordaba un poco a Lloyd George,² con la misma melena blanca, la misma frente noble y las facciones igualmente finas, pero el parecido se detenía ahí. El gallo amaba de verdad a las mujeres y sabía comportarse mal con ellas, mientras que lady L. estaba totalmente convencida de que el pobre Percy era virgen. En un par o tres de ocasiones ella había intentado hacerle perder el pudor con ayuda de unas cuantas mujeres galantes que conocía, todas encantadoras, pero Percy había huido a Suiza en todas las ocasiones.

1. Selecto club de Londres para caballeros. (*N. de la T.*)

2. Primer ministro británico durante la Primera Guerra Mundial. (*N. de la T.*)

–Mi querida Diane...

Era un nombre que le iba bien... Lo había elegido el propio Dicky después de haber estado dudando mucho tiempo entre Éléonore e Isabelle. Pero Éléonore tenía un tinte sombrío, quizá a causa de Edgar Poe, e Isabelle evocaba irresistiblemente la camisa sucia de la reina del mismo nombre. Finalmente había optado por Diane, porque le daba un tinte muy luminoso.

–Empezábamos a inquietarnos un poco.

A veces lady L. había llegado a preguntarse si Percy no se dedicaría a molestar a las niñas en los parques, si no sería un vicioso que escondía su juego admirablemente, si no sería un pederasta que se hacía sodomizar por su ayuda de cámara o azotar por una prostituta en algún rincón del Soho; pero estas ideas no eran más que una especie de romanticismo juvenil que había sobrevivido a las adversidades, y hacía mucho tiempo que sus esperanzas se habían desvanecido ante la evidencia de una integridad moral que revolvió el estómago y que emanaba de Percy como una especie de radiación funesta. Era verdaderamente un hombre honorable, y sólo Dios sabía cómo había podido meterse la poesía dentro de él. Además, era el único hombre que conocía que tenía la mirada de un buen perro, aun teniendo los ojos azules. A pesar de todo, lo quería mucho. Delante de él, podía abandonar la máscara de vieja dama y las convenciones de la edad para expresarse libremente, con toda la impertinencia y la frescura de los veinte años; el tiempo no hace que uno envejezca, sino que le impone sus disfraces. Lady L. se preguntaba a menudo qué iba a hacer si un día se volvía realmente vieja. No tenía la sensación de que pudiera llegar a ocurrir, pero no se sabía nunca; la vida da muchas vueltas. Le quedaban aún unos cuantos años buenos; después, seguramente ocurriría algo, no sabía qué exactamente. La única solución, dado que la vejez acabaría llegando, sería la de retirarse a su maravilloso jardín de Bordighera y consolarse con las flores.

Aceptó una taza de té. Toda la familia se afanaba en servirla y resultaba espantoso. No había conseguido nunca hacerse a la idea de que ella era el origen de todo aquel rebaño: más de treinta cabezas. Al mirarlos, no podía decir siquiera: «Yo no quería esto». Al contrario, lo había querido a sabiendas, deliberadamente; era la obra de su vida. Sin embargo, era difícil comprender cómo tanta locura amorosa, tanta ternura y voluptuosidad, tanto extravío y

tanta pasión podían haber desembocado en aquellos personajes incoloros y afectados. Verdaderamente resultaba increíble y bastante molesto, pues arrojaba una sombra de duda, de descrédito, sobre el amor. «Qué maravilloso sería poder contárselo todo –pensó ella, bebiéndose el té a pequeños sorbos, observándolos irónicamente–. Qué divertido sería ver sus rostros confiados perdiendo de pronto la compostura por el horror y el desconcierto. Bastarían unas pocas palabras para que ese universo suyo tan cómodo se desplomara súbitamente sobre sus cabezas de bien nacidos.» Era muy tentador. No era el miedo al escándalo lo que la reprimía. Se estremeció y se arrebujó en el chal indio. Le gustaba sentir la caricia ligera y cálida de la cachemira en el cuello. Le parecía que, después de una eternidad, su vida no era más que una sucesión de chales, de centenares y centenares de abrazos de lana y de seda. Las cachemiras, sobre todo, eran capaces de una gran dulzura.

Se dio cuenta de pronto de que Percy le estaba hablando. Lo tenía plantado allí delante, con su taza de té, rodeado de rostros que expresaban aprobación y una discreta diversión. Percy tenía un talento extraordinario para los tópicos: lograba incluso elevarse a esa grandeza dentro de lo banal y en ocasiones convertía sus discursos en una especie de admirable desafío a la originalidad.

–Una vida tan noble... –decía–. Esta época brutal y vulgar merece conocerla e ilustrarse con ella. Mi querida Diane, con la aprobación de sus allegados, diría incluso que a instancias suyas, le ruego con ocasión de su cumpleaños que me autorice a escribir su biografía.

«Pues sería bonito», pensó ella en francés.

–Es demasiado pronto, ¿no cree, Percy? –preguntó–. Esperemos un poco más. Quizá me ocurra algo interesante. Una vida sin historias como la mía sería mortalmente aburrida.

Se oyeron amables protestas. Ella se inclinó hacia su bisnieto, Andrew, y le acarició cariñosamente la mejilla. Realmente, el niño tenía unos ojos muy hermosos. Negros, un poco burlones, violentos... «Les hará sufrir», pensó ella con satisfacción.

–Tiene los mismos ojos de su bisabuelo –dijo, con un suspiro–. El parecido es extraordinario.

La madre del niño –lady L. vio un increíble sombrero azul con pájaros y flores que habría hecho temblar a la mismísima princesa Margarita– pareció asombrada.

–Pero yo creía que el duque tenía los ojos azules.

Lady L. le dio la espalda sin responder. «Otro», observó mor-diéndose los labios, esta vez al ver la cabeza de una petarda que era, si no recordaba mal, la mujer de su hijo Anthony, el clérigo. Lady L. miró el sombrero fijamente: la nata era verdaderamente perfecta.

–Qué maravilloso pastel de cumpleaños –dijo, mirando el sombrero una fracción de segundo más, antes de desviar la mirada hacia el pastel colocado sobre la bandeja de plata.

A continuación, tuvo que decirle unas palabras al fracasado de la familia, Richard, que era teniente coronel del regimiento de la reina. Y tras liquidar la religión y el ejército, no le quedaba más que el gobierno y la Banca de Inglaterra, así que lady L. les dirigió la palabra resueltamente. Roland había llevado a la perfección ese arte tan inglés de pasar totalmente desapercibido para hacerse notar más. Desde hacía años, se hallaba a la cabeza de un ministerio modesto, pero su carencia de brillo y de personalidad, su aire desdibujado y su carácter absolutamente apagado habían llamado la atención del primer ministro: se hablaba de él para suceder a Eden a la cabeza del Foreign Office; el partido conservador parecía preferirlo incluso a Rab Butler y veía ya en él al rival de MacMillan. Su insipidez era de las que en Inglaterra hacían presagiar grandes cosas. A lady L. le parecía increíble que un aristócrata auténtico pretendiera el poder. Que un hombre del pueblo quisiera acceder al gobierno era natural, pero que el hijo primogénito del duque de Glendale se rebajara de aquella forma le parecía realmente chocante. Gobernar era un oficio de intendente y era normal que el pueblo eligiera a sus criados; la democracia era eso, al fin y al cabo. Le preguntó por su mujer y sus hijos, fingiendo olvidar que estaban allí, y Roland le dio la información desprovista de interés con paciencia, puesto que era el único tema de conversación posible entre ellos.

Ya casi había terminado. Quedaba aún el retrato ritual que cada año les hacía el fotógrafo de la corte para el *Tatler* o el *Illustrated London News*, y después las despedidas, pero estas serían muy breves. Se libraría de ellos hasta Navidad. Encendió un cigarrillo. Siempre le parecía extraño y divertido poder fumar en público: no lograba hacerse a la idea de que, en aquellos días, era una práctica comúnmente aceptada. Sus nietos seguían parlotean-

do y ella inclinaba a veces la cabeza graciosamente, como si escuchara lo que decían. Jamás le habían gustado los niños, y el hecho de que algunos tuvieran ya más de cuarenta años hacía que todo aquello le pareciera ridículo. Sentía deseos de decirles que se fueran a jugar a otra parte, de enviarlos de vuelta a sus niñerías, sus bancos, su Parlamento, sus clubes, sus estados mayores. Los hijos se vuelven especialmente insoportables cuando se convierten en adultos y lo asedian a uno con sus «problemas»: impuestos, política, dinero. Porque en aquellos días ya nadie se incomodaba si se hablaba de dinero en presencia de las damas. Antaño, uno no se preocupaba por el dinero: se tenía, o se contraían deudas. Ahora, cada vez se tendía más a considerar a las mujeres iguales a los hombres; los hombres se habían emancipado. Las mujeres habían dejado de reinar. Incluso la prostitución estaba prohibida. Nadie sabía guardar las formas; con suerte no le traían a uno americanos a comer. En su juventud, los americanos sencillamente no existían, aún no los habían descubierto. Se podía leer el *Times* años enteros sin encontrar otra cosa que algún reportaje de un explorador a su regreso de Estados Unidos.

Habían preparado una butaca en su honor; era la misma desde hacía cuarenta y cinco años, y la colocaban siempre en el mismo sitio, bajo el retrato de Dicky, pintado por Lawrence, y el suyo, pintado por Boldini, y el fotógrafo mariposeaba ya a su alrededor con su trasero de querubín. Todo el mundo era pederasta ahora. Sólo Dios sabía por qué. A ella le horrorizaban los maricas; le gustaban demasiado los hombres para que fuera de otra manera. Los maricas existían ya cuando ella era joven, por supuesto, pero no se hacían notar, mostraban menos la pluma y su pequeño trasero tenía una expresión mucho más reservada. Lady L. miró con desaprobación al jovencito y se preguntó si decirle alguna cosa desagradable: era una maldita insolencia presentarse allí exhalando un perfume de Schiaparelli. Pero se contuvo; no insultaba nunca más que a las personas de su ambiente. La foto aparecería al día siguiente en todos los periódicos. Ocurría lo mismo cada año.

Lady L. ostentaba uno de los apellidos más importantes de Inglaterra y hacía mucho tiempo había sorprendido, irritado e incluso escandalizado a la opinión pública por su extravagancia y quizá también por su belleza. Su origen francés había servido hasta cierto punto de excusa para la extraordinaria perfección de sus

facciones, que llamaban un poquito demasiado la atención; no obstante, no hacía falta exagerar, y había viajado mucho, en opinión de la Corte y de una sociedad que no gustaba de tales perturbaciones. Al cabo del tiempo, se lo habían perdonado todo; de alguna manera, formaba parte del patrimonio nacional. Lo que en otro tiempo se consideraba excéntrico en su carácter, ahora se veneraba como encantadores rasgos de originalidad británica. Así pues, se instaló en la butaca con una mano sobre el pomo del bastón, adoptando la actitud que se esperaba de ella, e intentó incluso reprimir la sonrisa, que siempre la traicionaba un poco; el gobierno se alineó a su derecha, la Iglesia a su izquierda, la Banca de Inglaterra y el ejército detrás de ella, y el resto se colocó por orden de importancia decreciente en tres hileras. Hecha la foto, aceptó una segunda taza de té; verdaderamente, era todo lo que podía hacerse con los ingleses.

Fue entonces cuando las palabras «pabellón de verano» llegaron a sus oídos y despertaron inmediatamente su atención. Era Roland quien hablaba.

—Esta vez, me temo que realmente no hay nada que hacer. Han decidido que la autopista pase por ahí. Tendremos que demolerlo antes de la primavera próxima.

Lady L. dejó la taza. Hacía ya varios años que su familia intentaba convencerla para que vendiera el pabellón y el terreno adyacente, ya que los impuestos, al parecer, se habían vuelto una carga excesiva, el mantenimiento de la propiedad presentaba ciertas dificultades y, en fin, todo tipo de tonterías. Ella no había querido conceder jamás la más mínima atención a aquella ridícula propuesta e interrumpía cualquier discusión sobre el tema encogiéndose de hombros, gesto del que se decía que era muy francés. Pero ahora ya no se trataba de la familia. El gobierno había votado la expropiación y los trabajos iban a comenzar la primavera siguiente. El pabellón estaba condenado.

—Naturalmente —concluyó Roland con tono tranquilizador—, habrá una compensación...

Ella lo fulminó con la mirada. ¡Compensación, por favor! Iban a quitarle su única razón de ser y aquel siniestro cretino hablaba de compensaciones.

—Pamplinas —dijo ella con firmeza—. No tengo intención de permitirlo.

—Por desgracia, abuela, no podemos hacer nada. No podemos ir contra las leyes del país.

¡Pamplinas! No había más que modificar las leyes; para eso estaban hechas. Se lo había dicho ya cien veces: el pabellón tenía un gran valor sentimental para ella. Al fin y al cabo, el partido conservador estaba todavía en el poder; estaban entre amigos. Así pues, podían arreglar aquel pequeño problema sin molestarla a ella.

Lady L. creyó que la cuestión quedaba zanjada; estaba acostumbrada a que la obedecieran. Fue, por tanto, una sorpresa para ella ver que no era así y que la familia volvía a la carga. Se mostraron muy considerados, muy comprensivos, corteses, pero firmes: el terreno iba a convertirse en propiedad del Estado. Qué regalo para el partido laborista, en vísperas de las elecciones, si los periódicos, siempre al acecho de un pretexto para atacar a los personajes públicos, anunciaban que la familia de un miembro del gobierno, una de las familias más importantes del país, se oponía a la construcción de una nueva carretera y se esforzaba en hacer fracasar un proyecto que debía favorecer el desarrollo de toda la región. Los socialistas no dejaban de atacar a los que ellos llamaban las «clases privilegiadas», y no debían seguirles el juego. El pabellón estaba condenado sin remisión.

—Nobleza obliga —dijo Roland, con ese arte para el tópico que lo convertía en uno de los oradores más seguros del partido conservador. Luego adquirió un aire de enterado; iba a superarse a sí mismo—: Nobleza obliga, sobre todo en una democracia.

Lady L. no había creído jamás que la democracia fuera otra cosa que una manera de vestirse, pero no era el momento de escandalizarles. Hizo lo que no había hecho nunca con ellos: intentó que se compadecieran de ella. No podía vivir sin los objetos que había acumulado en su pabellón; imposible separarse de ellos. Bien, pues que no fuera por eso: los objetos podían ser trasladados a otro lugar.

—¿Trasladados a otro lugar? —repitió lady L.

Experimentó de pronto un sentimiento de desarraigo rayano en el pánico y tuvo que hacer esfuerzos para no echarse a llorar delante de aquellos desconocidos. Una vez más sintió deseos de contárselo todo, de gritarles la verdad acerca de todos ellos, para castigarlos por su presuntuosa fatuidad. Pero supo dominarse;

realmente, no era un motivo suficiente para desbaratar en un abrir y cerrar de ojos la obra de toda una vida. Se levantó, se arrebujó en el chal, paseó una mirada altiva y despreciativa a su alrededor y, sin decir una palabra, abandonó la habitación.

Ellos se quedaron un poco turbados e incómodos, sorprendidos por aquella salida tan repentina, por aquella vehemencia juvenil del gesto y la mirada, un poco inquietos, a pesar de la expresión divertida e indulgente que ostentaban.

–Siempre ha sido un poco excéntrica, ¿verdad? Pobre abuela, no comprende que los tiempos han cambiado.